

LAS LLANURAS DE CASTILLA Y DE LEÓN.

Tierra de Campos, campos de Tierra es la “ingeniosa” frase atribuida a Palacio Valdés que se ha repetido hasta el aburrimiento junto al cansancio visual y de la imaginación que produce la llanura castellana: *Me duelen los ojos de mirar sin alcanzar el horizonte*, suelen decir las gentes del Norte, cuando llegan a la Meseta, junto con otras despectivas opiniones acerca de los feos pueblos de tierra o la aspereza de las gentes. La revolución industrial, la producción lechera, el hierro y el crecimiento urbano impusieron desde comienzos del siglo XX un cliché estético en que la montaña y lo verde se oponía a la sequía y la llanura, en que la ciudad se oponía la ruralismo y la industria a la agricultura. Coadyuvada con la imagen que la Generación del 98 y buena parte de la literatura de la primera mitad del XX, esa idea de Castilla se ha consolidado aceptada incluso por muchos de los castellanos.

Sin embargo, se trata sólo de un cliché, como lo es la imagen del Norte. Corresponden a un momento, a una época que ya ha pasado. Es más algunos de los tópicos son manifiestamente falsos. Por ejemplo, los pueblos, villas y ciudades de Castilla son más modernos en su diseño y concepción que las arcaicas aldeas del Norte, cuyos espacios carecen de articulación. También fueron más notables y mayores las ciudades de la Meseta hasta mediados del XIX y hoy vuelven a competir con ventaja frente a las ciudades que salen de la ruina de la industria. Sólo el País Vasco, mejor dicho Bilbao, mantiene un tono por encima de esa competencia. Hasta bien entrado el XIX, cuando el romanticismo hizo volver la vista a los paisajes agrestes y temibles de la montaña, la montaña era un lugar rechazado por sus riesgos, por su pobreza de recursos y las dificultades de paso.

Más aún, Castilla no es una llanura, hay muchas llanuras diferentes en Castilla, y en León, incluso sucede que una buena parte de Castilla no son llanuras sino paisajes movidos, sistemas de peñas y valles o montañas, altas montañas. Veamos, para empezar las llanuras.

Tierra de Campos, con que comenzábamos estas líneas, no es una sola llanura. Hay, ciertamente una gran extensión de tendidas ondulaciones, con valles apenas encajados y poco diferenciados de las suaves lomas que separan un valle de otro, que constituye el área nuclear de esa región. En gran medida es un paisaje desarbolado desde la antigüedad para el cultivo de cereal que le proporciona esa singular imagen cambiante según la estación, donde la tierra ocre rojiza -arenas y arcilla- impone desnuda sus colores en invierno, cuando los árboles de las riberas se alzan, también desnudos, como esqueletos; en primavera toda la región se tiñe de verde con el crecimiento del cereal y la floración de las riberas, para acabar convirtiéndose en verano en un mas amarillo al que animan los verdes de las riberas y los ocres y rojos de los pueblos. Hacia los bordes, el relieve se complica multiplicándose los tesos, cárcavas y montículos. Al Norte y oeste se alza otra clase de llanura más accidentada, con valles más encajados, con menos cultivos y mayor extensión de árboles, encinas, quejigos y algunos rebollos. Son las formaciones aluviales del borde de la cuenca.

Los páramos son otro mundo y ofrecen relieves y paisajes muy diferentes, oponiendo los largos y estrechos espigones, separados por amplios valles, del Cerrato a las superficies extensas y perfectamente planas de Torozos o de Campaspero, donde solamente destacan los majanos donde los labradores acumulan las piedras que sacan al labrar los campos. Las terrazas que alojan los viñedos de Rueda y la Seca, entre Valladolid y Medina del Campo, constituyen otra extensa llanura, ligeramente elevada sobre el valle del Duero y caracterizada por las vides de desnudos sarmientos en inviernos y cargadas de hojas, y frutos en verano. Finalmente tenemos las llanuras que al Sur de la región dan paso al Sistema Central: Las tierras de lavajos y bodones de Segovia y Ávila.

Son todas las llanuras, propiamente dichas. Ciertamente es que hacia el Oeste están las penillanuras, aunque, como sabe perfectamente cualquiera que recuerde su latín del bachillerato, no llegan a ser una llanura son “casi” una llanura. Y nada más cierto, pues si en torno a Vitigudino, las arenas de alteración del granito alcanza una notable planitud, las penillanuras en general presentan un notable movimiento del relieve, bien sea en el movimiento de interfluvios y valles, bien en los berrocales y gargantas de los ríos, bien en los serrijones que las surcan en Zamora o las peñas que de cuando en vez destacan sobre ellas.

Algo semejante ocurre con las parameras, altas superficies de erosión que caracterizan amplios espacios de Burgos y Soria. Hay porciones allanadas, pero siempre destaca sobre ellas algún relieve, los valles se encajan en cañones que llegan a ser espectaculares como el que traza el Rudrón. La alteración química de la roca caliza que las constituye completa el capítulo de accidentes con pequeñas depresiones circulares -dolinas- superficies rayadas de surcos que dejan entre ellos afiladas paredes -lapiaces- que atormentan al caminante, simas, cuevas, cascadas formaciones de toba; toda una serie de elementos que animan el paisaje y alejan la idea de la llanura.

La imagen de llanura que percibe el viajero se complica mucho en los bordes de las áreas llanas que se han mencionado, con la aparición de cerros, tesos, ataquines, mamblas y cuestas y otras formas de relieve que accidentan el contacto entre unas formas de llanura y otras. Cuando el viajero transita por los márgenes de Castilla, y más aún por los de León, la vista esta lejos de perderse en busca de horizontes lejanos, pues enseguida se topa con relieves que la detienen. Más allá de esos bordes se llega a la Montaña, auténtica montaña, con sus restos de glaciares y sus cumbres por encima de los 2000 m, como La Demanda, Urbión. La Cabrera, El Teleno, la Montaña Palentina, Mampodre o Riaño.

Con todo, lo que aporta singularidad a los paisajes de Castilla, no es el relieve llano o movido, sino la luz y los colores, el contraste cromático, la nitidez y transparencia de la atmósfera y, especialmente la cambiante imagen de esa composición de paisaje. Hay varias imágenes a lo largo del día de un mismo paisaje; hay varias imágenes de un día a otro según el estado de la atmósfera; como hay varios paisajes a lo largo del año. Así, en un día de invierno soleado, por la mañana, cuando el sol empieza a levantar la niebla de inversión formada durante la noche, se empieza a

descubrir el color rojo de los campos recién alzados, el verde de los pinos o las encinas; verdes muy diferentes que combinan también de forma diferente con el color de la tierra; al mediodía, cuando la luz es fuerte y cae cercana a la vertical, los verdes, rojos, pardos y ocre de las superficies contrastan con el azul del cielo; por la tarde, en el ocaso, la base de las nubes se tiñe de rojo con la luz del sol poniente, mientras se van apagando los verdes y se oscurece el adobe de los edificios y el color de la tierra. Pero estoy describiendo sólo la imagen de una parte de Castilla, hay muchas y en cada una la percepción es diferente.

Ciertamente no es un paisaje de tarjeta postal a la moda, ni para turistas de escasa sensibilidad condicionados por la estandarización de la belleza. Exige un cierto grado de sensibilidad y un mínimo de cultura para entenderlo y valorarlo, como lo exige también entender a sus gentes, pero este es otro capítulo del que nos ocuparemos en otro momento.

Luis Vicente García Merino